

El color que llegó de Namibia

24. DICIEMBRE. 1980

Carlos Iván Degregori

EN MI EPOCA de estudiante, que comienza a perderse en la noche de los tiempos, allá cuando el Rey Pepino vivía su otoño y censurado romance con Mari-castaña provocando anulamientos papales y marchas de damas enlutadas por el centro virreynal de nuestra Lima, a los alumnos de Antropología nos contaban la siguiente historia:

Había una vez un hombre que se despertaba, se despojaba de sus ropas de cama hechas de algodón, domesticado en la India, o de lino, planta del cercano Oriente, o de seda, cuyo uso fue descubierto en China.

Al levantarse, nuestro héroe calzaba unas sandalias llamadas mocasines, inventadas por los indios norteamericanos; se despojaba de su pijama, prenda de la India; se aseaba con jabón, inventado por los galos; se rasuraba, rito masoquista que parece haber tenido su origen en Sumeria o en el antiguo Egipto.

Al volver a su alcoba se vestía con prendas cuya forma se derivó de los vestidos de piel de los

nómades de las estepas asiáticas. Alrededor del cuello se anudaba una tira de tela de colores brillantes, supervivencia de los chales o bufandas que usaban los croatas del siglo XVI. Si llovía cogía un paraguas, inventado en el Asia Sudoriental. Se cubría la cabeza con un sombrero de fieltro, material inventado también en las estepas de Asia.

Ya en el restorán, con plato de cerámica China, tenedor de la Italia medieval y cuchara derivada de un original romano, desayunaba una raja de melón de Persia y un poco de café, planta de Abisinia. Luego seguían los *Waffles*, especie de tortillas hechas según técnica escandinava con trigo domesticado en el Asia Menor, y un par de huevos de una especie de pájaro domesticado en Asia Oriental (acertaron: ¡la gallina!).

Al terminar pagaba con monedas, invención de la antigua Lidia y se ponía a fumar, a la manera de los indios americanos, mientras leía las noticias del día impresas con caracteres origina-

dos entre los antiguos semitas sobre un material inventado en la China, según un proceso surgido en Alemania.

Y salía al mundo.

El cuento lo había escrito Ralph Linton para sus alumnos norteamericanos poco después del diluvio, cuando los hombres usaban sombrero. Pero en nuestro Instituto sanmarquino éramos una minoría étnica de gringos de medio pelo y una mayoría provinciana mestiza. El hielo todavía no llegaba a Macondo y salvo un par de señoriales y marginadas excepciones, nadie entre nosotros conocía los *waffles* ni usaba sandalias o sábanas de seda. Por eso el texto nos provocaba risa, pero también asombro al descubrir la infinita red de relaciones que unía al mundo.

Pasaron los años, llegaron a nuestras costas las *waffleras*, nuestro país fue convertido en feria y ya pocas cosas nos causan asombro.

Pero desde hace algunos meses

habrán notado unas nuevas plantitas achaparradas con infinidad de flores rojas que comienzan a invadir ciertos sectores de la ciudad. No crecen en el bosque de aromas y de músicas lleno como la magnolia de Chocano, sino en pleno Zanjón y en las plazas y avenidas de nuestra triste Lima. No las siembra el insensible Pierantoni sino el sufrido inspector de jardines, Salustio Pomacondor, y a veces el vecindario mismo, como en el caso del Parque La Bandera de Pueblo Libre.

Son plantas fuertes, resistentes a la sequía, que sobreviven casi sin agua y florecen con el sol en ciertas épocas del año inundando de color los desiertos de la ignota Namibia, de donde provienen.

¿Quién conoce Namibia?, ¿dónde queda?, ¿quiénes la habitan? Averiguando descubrimos que es tierra usurpada por los racistas de Sudáfrica. Casi un millón de kilómetros cuadrados, apenas un millón de habitantes, entre ellos los hotentotes o pigmeos. Territorio codiciado porque esconde riquísimos depósitos de uranio.

El pueblo se ha organizado en el SWAPO (Organización de los pueblos de Africa Sudoccidental) y libera feroces combates por su independencia.

De esta tierra seca y desértica como nuestras costas nos llegaron hace poco de regalo las "flores del sol". Sin temor de parecer trivial, propongo que el pueblo las expropie, que no crezcan sólo en la Av. Arequipa o en la Javier Prado. Que algún alcalde de izquierda las lleve a su barrio y siembre un parque. Son flores proletarias, capaces de sobrevivir en las condiciones más adversas. Y que ese parque se llame Namibia. Una placa puede explicar dónde queda Namibia, cómo lucha su pueblo y proclamar nuestra solidaridad con él.

Porque la batalla por el socialismo la tenemos que dar con todo, aprovechando incluso lo más mínimo —y la belleza no es mínima cosa— De esta manera fácil podemos aprender algo de botánica, historia, geografía y sobre todo de internacionalismo proletario.